

REFLEXIONES SOBRE LA GUERRA NUCLEAR

Por

Luis BRAVO Bravo
Capitán de Fragata
Armada de Chile

Para el observador superficial, la guerra desde Sudamérica se ve como algo muy distante, algo que no pasa de ser una noticia más de los diarios, al nivel del fútbol o del hecho político trivial, algo que ocurre en otros continentes lejanos al nuestro, ajeno a nuestro diario vivir, en resumen, algo que aquí no puede suceder.

Por eso los diarios de circulación internacional, y las revistas de temas políticos, suelen ocuparse a menudo del "armamentismo sudamericano" y plantearse la pregunta: ¿Contra quién se arma Sudamérica?

Porque para ellos es evidente que Sudamérica no se arma para gravitar en el enfrentamiento entre los grandes bloques mundiales, pero es evidente también, aunque con frecuencia se olvide, que el problema de la paz y el equilibrio a escala mundial, pese a ser el de mayor envergadura, no es el único del convulsionado mundo en que vivimos.

Sudamérica también tiene sus problemas, y requiere también mantener la paz y el equilibrio a escala regional.

La guerra no es pues un mal erradicado definitivamente de Sudamérica, o una posibilidad demasiado remota como para merecer alguna atención, ni la paz es

tampoco una flor silvestre más de la pródiga naturaleza americana, algo que nos haya sido dado graciosamente para gozarlo sin esfuerzo alguno de nuestra parte.

Un somero análisis histórico nos muestra que muchas guerras han estremecido el pequeño mundo marginal en que convivimos los sudamericanos, aún en épocas recientes, tan recientes como que las últimas se sitúan en el lapso vivido por cualquier adulto contemporáneo; y un análisis geopolítico superficial nos indica que algunas de las causas que originaron esas guerras subsisten aún, y que ellas no son las únicas que podrían llevarnos a un enfrentamiento armado. Hay litigios aún no resueltos, y hay intereses encontrados. La historia de la paz en que vivimos en el momento actual, es relativamente breve, y ha estado salpicada de frecuentes crisis que, por fortuna, han logrado ser pacíficamente superadas. ¿Lo serán también en el futuro?

Por ello, la posibilidad de un conflicto bélico entre dos o más naciones sudamericanas, a pesar de los indudables buenos deseos de sus pueblos y gobernantes, es una posibilidad real; indeseable tal vez, desastrosa quizás para los países involucrados, pero no por ello menos real.

Este planteamiento seguramente será aceptado sin dificultad por la mayoría de los lectores, pero sin duda lo que la mayoría también se resistirá a aceptar es la posibilidad de que nuestros litigios, en un futuro próximo, puedan levantar sobre nuestras cabezas, como una espada de Damocles, el escalofriante fantasma del hongo nuclear.

No es posible, dirán tal vez, somos países de recursos modestos, subdesarrollados, de tecnología incipiente. Nuestras diferencias son relativamente pequeñas. ¡Absurdo! Afortunadamente la guerra nuclear está aun muy lejos de nosotros.

Y sin embargo es verdad.

Y a esta conclusión puede llevarnos un razonamiento relativamente simple.

En primer término está la innegable tendencia hacia la proliferación nuclear, pese a todo. En el cuarto de siglo que va corrido de la llamada "era nuclear", el número de países que posee o experimenta armas nucleares tiende en todo momento a aumentar, lenta pero inexorablemente.

Luego está el precedente histórico que nos señala que hasta hoy, excepto las armas nucleares, todos los adelantos de la tecnología bélica han llegado a manos sudamericanas, más tarde o más temprano, pero han llegado al fin. No hay razón para creer que el armamento nuclear vaya a constituir una excepción a esta regla, más bien parece ser asunto de tiempo, y ya ha pasado bastante.

Y por último recordemos que varios países latinoamericanos, más bien dicho casi todos, tienen en adquisición, o en estudio de adquisición, reactores nucleares "para uso pacífico", por lo general destinados a centrales termo-eléctricas, y recordemos además que el producto de desecho de éstos "átomos para la paz" constituye la materia prima que se requiere para construir artefactos explosivos. La masa crítica necesaria podría ser producida por un reactor de este tipo en poco tiempo.

La perspectiva no es atrayente indudablemente, pero la táctica del avestruz no parece ser la mejor solución al problema.

Hasta hoy desde que el átomo puso su fuerza al servicio de la guerra, no ha habido en el mundo un enfrentamiento

con armas atómicas, pero desde entonces las llamadas potencias nucleares se han mantenido en un tenso "modus vivendi", que no podemos decir sea la guerra, pero que tampoco es la paz, y que, a falta de un nombre mejor, ha sido denominado "Guerra Fría".

¿Viviremos nosotros, los sudamericanos, una situación similar en el futuro? Esta es la pregunta que trataremos de responder.

El 16 de julio de 1945, en Alamogordo, Nuevo México, estalló la primera bomba atómica de la historia de la humanidad. Se trataba sólo de una prueba y fue exitosa.

Luego, a las 08.15 horas del 6 de agosto del mismo año, un avión B-29 de los Estados Unidos lanzó, con paracaídas, una bomba nuclear sobre Hiroshima, Japón. La explosión, cuya potencia se estimó equivalente a la de 20.000 toneladas de T.N.T., destruyó 8 kilómetros cuadrados de la ciudad, que fueron totalmente carbonizados, y causó la muerte de unas 70 a 80.000 personas, algunas de las cuales fueron literalmente volatilizadas.

El 9 de agosto, una tercera bomba atómica, la última que Estados Unidos poseía, fue lanzada por igual procedimiento sobre Nagasaki, causando efectos similares a los descritos.

Al día siguiente, 10 de agosto de 1945, se produjo la rendición del Japón. Por fin el sueño de Douhet se había convertido en realidad; ¡pero a qué precio!

Si el lanzar aquellas dos bombas atómicas era imprescindible o constituyó sólo una crueldad innecesaria, es materia que aún hoy se discute, y que escapa a los reducidos alcances de este artículo. Pero la misma persistencia de la controversia nos indica que al menos la duda existe.

Prescindiendo de consideraciones de orden moral o estratégico circunstanciales, quizás si ya en aquel entonces era posible advertir que no resultaría a la larga conveniente para los intereses de los Estados Unidos en particular, y de la Humanidad en general, sentar el funesto precedente de haber empleado alguna vez el terrible poder de la energía nuclear contra conglomerados humanos, ya que era evidente que este descubrimiento no podría continuar indefinidamente

siendo patrimonio privativo de un solo país.

Desde este punto de vista, más que derribar la casi inexistente resistencia del Japón, las dos bombas lanzadas derribaron la reticencia moral a emplearlas.

Han pasado desde entonces más de 25 años.

Aquellas bombas equivalentes al poder de 20.000 toneladas de T.N.T., a las que una poco afortunada castellанизación de la expresión inglesa denominó de 20 "Kilotones", han evolucionado.

Las bombas de Alamogordo, Hiroshima y Nagasaki, utilizaban la reacción en cadena provocada por la "fisión" nuclear, para medir cuyo poder fue necesario emplear la unidad "1.000 toneladas de T.N.T." como patrón de comparación. En 1951 se logró la primera bomba de "fusión", utilizando la bomba de "fisión" como detonante; su poder destructivo requirió la creación de una nueva unidad de medida: el "megatón", igual a un millón de toneladas de T.N.T. Esta nueva bomba fue llamada "termonuclear".

Hacia 1962 ya se habían logrado explosiones termonucleares con energía equivalente a 100 "megatones", 100 millones de toneladas de T.N.T., y hasta hoy no se conoce el límite del poder que es posible desarrollar. La descomunal potencia destructiva de estos artefactos ha horrorizado incluso a sus propios creadores.

Por otra parte, el devenir del tiempo y la constante aceleración del progreso tecnológico humano, han venido a complicar aún más el ya sombrío panorama del futuro. El secreto encerrado en el átomo, como era de prever, dejó de ser privativo de una nación: el aliado de ayer, hoy enemigo potencial, también lo posee, y su conocimiento se ha hecho extensivo además a otros países.

Casi junto con el advenimiento de la bomba atómica nació el cohete, y la evolución de ambos ha llevado al proyectil intercontinental, capaz de transportar el infierno termonuclear a casi cualquier lugar del globo terráqueo.

El elemento portador de la bomba ha tenido también su evolución que vale la pena recordar. Al comienzo fue el avión, evolucionando luego a su versión bcn-

bardero de largo alcance, el único sistema para alcanzar el blanco, pero más tarde, el cohete basado en tierra, conocido también como proyectil balístico intercontinental, o simplemente ICBM, con su menor vulnerabilidad, su operatividad absoluta, su carencia casi total de intervención humana, y su mayor facultad de penetración, se ha ido imponiendo paulatinamente sobre el avión como portador de bombas termonucleares. Ambos sistemas coexisten hasta hoy, pero Estados Unidos ha ido incrementando su arsenal de proyectiles terrestres hasta alcanzar bastante más de mil ICBM.

La mayor ventaja que el ICBM tiene sobre el avión es su mayor probabilidad de supervivencia al ataque por sorpresa, y el gran valor que este hecho representa es fácil de comprender.

Si un ataque por sorpresa del presumible adversario logra aniquilar la propia capacidad nuclear, agregando al ya enorme poder destructivo de sus bombas el de las nuestras, que estallarían quizás en territorio propio, habrá logrado definir en minutos la suerte de la guerra; ésta será indudablemente muy breve, fácil e incruenta para el adversario, puesto que, consumado el devastador ataque, no nos quedará otra alternativa que aceptar las condiciones de paz que quiera dictar, por extremas que ellas sean. En pocas palabras, es el sueño de Douhet una vez más. La sorpresa es la carta de triunfo de quien intente el ataque. Y la guerra se juega a una sola carta.

Pero si el golpe nuclear por sorpresa no aniquila la capacidad atómica del agredido, el ataque, por el contrario, no hará sino activar el mecanismo de respuesta, y la represalia, con sus horribles consecuencias, no se hará esperar.

Para el atacante, entonces, el ataque sorpresivo no asegura ya un triunfo rápido y fácil, sino que trae en cambio la destrucción de su propio país y una guerra pavorosa y cruel, de resultados impredecibles. La natural tentación a emplear el armamento nuclear en este caso desaparece, y la capacidad de represalia a pesar del golpe inicial, se torna en un mecanismo "deterrente"; ella "disuade" al adversario de intentar la aventura por temor a sus consecuencias.

Pero para que la disuasión exista, es imprescindible que exista también la se-

guridad de supervivencia del poder nuclear pese a todo. Es decir, éste debe ser, si no casi invulnerable, al menos muy difícil de destruir.

Los ICBM, guardados en silos subterráneos a prueba de bombas nucleares, dispuestos en una calculada dispersión, y ubicados en lugares no bien precisados, parecían dar, hasta hace poco, la necesaria probabilidad de supervivencia. Pero el siempre creciente poder de las nuevas armas, la perfección cada vez mayor del sistema de guiado de los proyectiles intercontinentales, y la cada vez más probable exacta ubicación de estos objetivos fijos, han hecho dudar de su capacidad de supervivencia a un ataque nuclear masivo por sorpresa.

Hoy el cohete de base terrestre ya no es suficientemente invulnerable. El submarino nuclear porta-misiles, denominado SSBN, tiende a reemplazarlo en el futuro. Su probabilidad de supervivencia al ataque sorpresivo, bajo el amparo que le brindan su movilidad, su invisibilidad y la inmensidad del mar, es enormemente superior a la del ICBM, a la que añade además su inapreciable cualidad de alejar del territorio propio el fuego de contrabatería del adversario.

Dado que la disuasión nuclear es en el fondo algo así como la "protección indirecta" en estrategia marítima, vale decir, es sólo relativa, ya que no puede asegurar que el ataque no se materializará sino solamente que el atacante será castigado, nació una especie de "protección directa" para complementarla: el misil anti-misil. La respuesta al misil anti-misil fue el proyectil de cabezas múltiples, contra el cual no hay hasta ahora antídoto conocido, salvo la cordura humana, lo que al fin de cuentas no es mucho decir.

Sin duda resulta difícil para cualquiera de nosotros formarse una idea concreta de lo que significa la explosión de un artefacto termonuclear como los actuales. Incluso quienes han tenido oportunidad de presenciar a corta distancia grandes explosiones, no pueden aportarnos mucho más, ya que ellas sólo han sido de unas cuantas decenas o centenares de kilogramos de T.N.T., y la escala de que estamos hablando es la de miles y millones de toneladas. De quienes han estado cerca de explosiones equivalentes

a más de una tonelada de T.N.T., muy pocos han vivido para contarlo.

La medida más práctica, para tener algún punto de referencia, parece ser la comparación entre el efecto de una bomba termonuclear y los grandes bombardeos de la II Guerra Mundial. Pues bien, una sola bomba termonuclear de las actuales, tiene un poder destructivo mayor que el de todo el explosivo lanzado durante la II Guerra Mundial.

Alguien preguntó cierta vez a Einstein con qué armas creía que se lucharía en la III Guerra Mundial, a lo que el sabio respondió: "No sé con qué armas se luchará en la III Guerra Mundial, pero en la IV se luchará con arco y flechas".

Mucho se ha hablado sobre las horrosas consecuencias que tendría, no sólo para los beligerantes, sino además para la Humanidad completa, el empleo masivo de armas nucleares, ¿se ha exagerado?

No lo creemos así. Por lo menos estas voces de advertencia, venidas de científicos y hombres de armas de renombre, tendrán que hacernos pensar que "cuando el río suena es porque piedras lleva".

Sin desconocer la enorme trascendencia que este aspecto del problema encierra, debemos recordar, sin embargo, que no es el único. Para entenderlo mejor, escuchemos la autorizada palabra del General J.F.C. Fuller, que debemos recordar es uno de los escritores militares de mayor prestigio en materias de estrategia contemporánea. El General Fuller nos dice al respecto: "... La conversión de la energía nuclear en explosivos ha sido comparada al descubrimiento de la pólvora, igualmente condenada en su día, pero no rechazada, de lo que se deduce que subsistirán también los explosivos nucleares. Aún cuando este razonamiento es lógico, ya que no puede suprimirse la aplicación práctica de un proceso científico, debe aceptarse con gran reserva. El hecho es que al introducir el factor político en toda guerra, con excepción de las contiendas más primitivas, deben limitarse los medios destructivos empleados en alcanzar un fin ventajoso. Por ejemplo, cuando en los tiempos feudales el objetivo del rey era someter a sus fieros nobles, la artillería primitiva de aquella época era indispensable para reducir su capacidad de resistencia, sus

castillos. Pero si los efectos destructivos de la misma han de ser tales que arrasen no sólo los castillos, sino también sus servidores y siervos y sus huertos y ganado en un radio de varios kilómetros, entonces no quedaría nada ni nadie a quien someter, y los medios habrían aniquilado el fin perseguido".

"Lo mismo rige para la guerra civilizada, ya que siempre existe una relación entre fuerza y objeto. La primera debe ser suficiente para alcanzar el segundo, pero no excesiva a objeto de no anularlo totalmente. Este es el enigma de la guerra nuclear".

Nos recuerda luego el General Fuller el típico y más reciente ejemplo de la lucha de trincheras durante la I Guerra Mundial, en que, para eliminar el obstáculo que la trinchera representaba, se creaba otro mayor: las fosas que producía la artillería, a través de las cuales las tropas chapoteaban en el barro tratando trabajosamente de avanzar.

La conclusión que podemos deducir de lo anteriormente dicho parece obvia: dependiendo de las circunstancias y de los objetivos perseguidos, en una guerra nuclear los medios empleados tal vez anularían el fin. Es decir, el vencedor, en el supuesto caso que una vez desencadenado el enorme poder conferido al hombre, para detentar el cual evidentemente no está preparado, aún pudiera distinguirse un vencedor, el vencedor, como decíamos, no obtendría nada de la guerra.

Hay más.

Parece indudable que, primero con los I.C.B.M. y luego con los SSBN, el ataque con armas nucleares no descarta la posibilidad de represalia. Y esta causará en el propio país tanta o más destrucción y muerte que las bombas lanzadas sobre el adversario. Es a todas luces evidente, entonces, que para el acto político que la guerra representa, la destrucción mutua no es una solución racional.

Si la guerra ha de continuar siendo lo que Clausewitz definió: una herramienta de la política, es necesario que exista una razonable probabilidad que los beneficios que para el país acarrearán la conquista del objetivo, compensarán el esfuerzo que demandó su obtención. Prescindiendo del hecho de que para entonces quizás el objetivo en disputa no exista ¿qué objetivo político podría compensar la des-

trucción del propio país?, ¿puede considerarse "herramienta" al medio que, no sólo inutiliza el objeto sobre el cual ejerce su acción, sino que además destruye al artífice que lo emplea?

Pero hay más sin embargo.

Si aceptamos que la forma normal de convivencia entre los pueblos es la paz, y que la guerra constituye la excepción, debemos entonces aceptar que ella es sólo un esfuerzo para alterar las condiciones de la paz imperante, cambiándolas por otras, si no más justas; al menos más convenientes al propio interés. Pues bien, en una guerra nuclear, cuando el vencedor, suponiendo que lo haya, esté en situación de imponer las nuevas condiciones de paz, es posible que el mundo en que las concibió haya dejado de existir.

Pero aún hay más.

Para que la guerra sea una continuación aceptable y lógica de la política, es necesario que tenga la capacidad, en teoría al menos, de alcanzar los fines que la política persigue.

Si la política persigue como meta inmediata un determinado objetivo que las armas nucleares destruyen, y como meta final el bienestar y grandeza del propio país que las armas nucleares aniquilan, la guerra realizada con ellas ¿sigue aún siendo continuación de la política?

Estas reflexiones parecen indicar que la guerra nuclear no sólo no podría ser una continuación racional de la política de un estado, sino que, por el contrario, sería más bien un disparate desde el punto de vista político.

Sin embargo, y pese a lo dicho anteriormente, necesitamos encontrar una respuesta al punto que más nos inquieta. Probable o remota, absurda o cuerda, ¿cuál sería el desarrollo de una guerra nuclear y cuál su resultado previsible?

La pregunta es difícil de responder sin caer en el ámbito de la fantasía. Sin embargo lo intentaremos.

Ante todo es preciso establecer que hay una cosa clara: predecir los resultados de una guerra nuclear puede ser asunto discutible, pero no cabe discusión alguna respecto a que ellos serán inevitablemente catastróficos. El empleo del poder militar acumulado hasta la fecha

significa lisa y llanamente el fin de la civilización, al menos en la forma en que hoy la conocemos.

Existe suficiente cantidad de armas atómicas, listas para empleo inmediato, como para destruir, si llegan a utilizarse, las principales ciudades de ambas fracciones en que se encuentra dividido el mundo actual, para dejar enormes extensiones inhabitables de tierra irradiada, para matar o dejar gravemente heridas a cientos de millones de personas, beligerantes y no beligerantes sin discriminación alguna, y para convertir en vastos desiertos las áreas más industrializadas y más densamente pobladas del mundo. Esto ha sido ya advertido: el uso por ambos bandos de un gran número de armas atómicas implica categóricamente el caos a escala mundial.

Los escritores militares contemporáneos son unánimes en señalar que una guerra nuclear total sería breve, catastrófica para ambos beligerantes, y destruiría rápidamente toda la infraestructura necesaria para conducir la "guerra civilizada".

Independiente de sus consecuencias, si tal guerra se iniciara, parece probable que ambos beligerantes no utilicen al comienzo la totalidad de su potencial nuclear, sino más bien que cada uno retenga una cierta porción de éste, ya sea como precaución para encarar contingencias posteriores, ya sea como deterrente para proteger luego lo que logre sobrevivir a la hecatombe inicial. También es posible, aunque sí menos probable por las previsibles condiciones de caos que seguirán luego, que cada contendor retenga la masa de su poder nuclear, y que los bombardeos tengan lugar, dosificados, en forma intermitente, algo así como un proceso de "espere y vea", en la vana ilusión quizás de lograr quebrantar la moral del adversario antes que la moral del país propio se derrumbe por completo.

Aún más, es posible, si se adopta la modalidad de retener el grueso de los medios nucleares, que luego de saboreada la amarga lección inicial, tan cruel como previsible, tenga lugar a continuación una variante especial de guerra limitada, lo que en el fondo no sería sino la confirmación, aunque tardía, de la racionalidad que tradicionalmente hemos atribuido al hombre.

Nos tambaleamos en el filo de la navaja que separa la realidad de la fantasía. Pero intentaremos un paso más. El último.

¿Cómo terminaría presumiblemente una guerra como la descrita?

Creemos que podrían existir tres posibilidades.

La primera sería la normal en toda guerra. Por razones imponderables uno de los beligerantes recibe más daño que el otro, y su capacidad de resistencia queda física o moralmente destruida al cabo de cierto tiempo. Cualquiera sea entonces la devastación causada, cualquiera la ruina y la muerte masiva, alguien vence e impone sus condiciones de paz, si es que ellas son aún aplicables al mundo que sobreviva al caos.

La segunda posibilidad radica en que, vistos los desastrosos resultados de las hostilidades llevadas a esa escala, los beligerantes podrían llegar a un acuerdo, táctico o no, de suspender el intercambio nuclear, sea para concertar un armisticio, sea para continuar la guerra con operaciones clásicas en la variante especial de guerra limitada de la que hablamos anteriormente.

Y la última, es la que nos advierten científicos y escritores militares, pero que instintivamente rechazamos por considerarla más bien ciencia-ficción que realidad: la cesación de las hostilidades por simple incapacidad mutua de continuarlas.

Y hasta aquí llegamos. Mas allá, la fantasía nos muestra un mísero puñado de seres humanos, o casi humanos, sobrevivientes de la hecatombe, transplantados bruscamente de la era atómica a la paleolítica, agresivos y envilecidos por la imperiosa necesidad de sobrevivir a toda costa en un mundo hostil, tratando de recomenzar, torpe y trabajosamente, la lenta ascensión de la civilización humana, para llegar quizás al cabo de diez o veinte mil años, a redescubrir el poder del átomo y recomenzar el ciclo.

El enorme poder alcanzado por las armas nucleares ha hecho meditar, a políticos y militares, en las pavorosas consecuencias que acarrearía su empleo, versus magro rendimiento de la guerra realizada con ellas como medio de solución de los conflictos políticos de los núcleos humanos. Como lo advirtió

acertadamente un escritor militar, pensándolo bien, quizás si el alcance y poder de las armas logrados por la tecnología moderna, hayan hecho de la guerra en gran escala un discutible instrumento político aún antes del advenimiento de los artefactos nucleares.

Repetimos: una guerra ilimitada con armas atómicas no parece ser un medio racional de una política también racional. Es decir, que el enorme poder destructivo de las armas nucleares es precisamente quien las inhabilita como instrumento político.

El adagio militar, entonces, que dice que "nunca se ha fracasado por ser demasiado fuerte", es cierto, al igual que todas las cosas de la vida, dentro de ciertos límites. Sobrepasado un punto máximo, la mayor fortaleza no añade mayores posibilidades, y de allí en adelante nada se obtiene con seguir aumentando la potencia.

Parece lógico cazar perdices con perdigones, pero resultaría absurdo tratar de hacerlo con granadas de artillería. La herramienta sería inapropiada, por ser demasiado potente, para alcanzar con ella un resultado útil.

Dada, pues, la incapacidad de las armas nucleares para resolver los conflictos internacionales, las grandes potencias de la era atómica han tornado la vista a la guerra limitada, puesto que su concepción teórica se basa precisamente en la proporcionalidad de los medios empleados al fin perseguido.

Y así, el pensamiento norteamericano moderno concibe que la guerra limitada pueda serlo en el tiempo, el espacio y la violencia, y que, siendo limitada para uno o más beligerantes, pueda ser ilimitada para un tercero.

Esta concepción es tan sólo una ordenación de ideas, y no constituye en el fondo nada nuevo; Clausewitz ya advierte los parámetros en que la guerra puede limitarse, y la diferente naturaleza que ésta pueda tener para uno u otro beligerante ha sido ya sancionada por la historia. El ejemplo más típico de ello tal vez lo constituyan las guerras de la independencia sudamericana: ilimitadas para la colonia afectada, limitadas en cambio para España.

Así pues, las guerras limitadas de la era nuclear se mantienen periféricas,

alejadas de los contendores principales, limitadas en el espacio en que la violencia se ejerce, y limitadas en los medios de aplicación de dicha violencia, cuantitativa y, sobre todo, cualitativamente. Su diferencia primordial, sin embargo, con la clásica guerra limitada hasta ahora conocida, estriba en el mecanismo por el cual se evita el contragolpe del agredido directo o indirecto.

Conocíamos hasta ahora tres formas de evitar el contragolpe ilimitadas: la primera, mediante la dirección favorable de la ofensiva, que por su sola existencia protege el corazón del país propio; la segunda, mediante fuerzas adecuadas adicionales que se mantengan listas a actuar en la probable dirección del contragolpe; y la tercera, por la abrumadora superioridad del agresor sobre el agredido que descarta totalmente tal posibilidad. A ellas debemos, pues, agregar ahora una cuarta: la enorme desproporción existente entre el valor del objetivo en disputa y las desastrosas consecuencias de una guerra ilimitada entre los contendores principales, dada la naturaleza y cuantía de su potencial militar.

Pero debemos recordar que una guerra limitada no adquiere tal carácter por el tipo de armamento que se decida emplear. Una guerra limitada lo es, primaria y fundamentalmente, por el hecho de que los beligerantes persigan objetivos políticos limitados. El que se efectúe con fuerza militar limitada y en un área geográfica limitada, es simplemente consecuencia de la prosecución de tales objetivos.

Esta implica que, si para evitar la conflagración nuclear total necesitamos recurrir a la guerra limitada, es imperativo que, incluso las grandes potencias, se conformen con aspirar sólo a objetivos políticos que puedan ser alcanzados con el uso limitado de la fuerza.

Lógicamente ninguna guerra podrá mantenerse limitada si la supervivencia de uno de los beligerantes está en la picota.

Se hace evidente una vez más el antiguo concepto de Clausewitz: "la importancia que el objetivo tenga para el adversario, determina el carácter de la guerra".

Pero hay otro aspecto que conviene recordar. Desde que los beligerantes poseen armas atómicas, situación que en breve será general, la guerra ilimitada pasa a ser sinónimo de nuclear.

Y ello porque parece a todas luces evidente que una guerra ilimitada al estilo de la II Guerra Mundial, ya no tendría cabida en las condiciones que se presentan, ya que el vencido, abocado irremisiblemente a lo que considera una hecatombe, al no tener ya nada que perder y quizás algo que ganar, recurrirá en última instancia al armamento nuclear. Y esto marcará el principio del fin.

Así, la guerra convencional ilimitada, al igual que las armadas a vela o la caballería clásica, ha llegado a ser una institución del pasado, romántica, heroica, pero anacrónica en el mundo de hoy.

Definitivamente, por la fuerza de las cosas, la guerra convencional, para mantenerse como tal, debe ser necesariamente limitada.

Pero la guerra limitada ¿debe ser necesariamente convencional?

La respuesta a esta interrogante requiere de un análisis previo.

¿Puede existir la guerra nuclear limitada?

Debemos recordar, en primer término, que existen las llamadas armas nucleares de uso táctico; y es necesario establecer, además, que algunas de ellas tienen un poder destructivo menor que el de las mayores armas convencionales existentes o que sería posible desarrollar.

Hay, por lo tanto, medios materiales como para desarrollar una guerra nuclear en pequeña escala, perfectamente apropiados para mantener la aplicación de la violencia, nuclear en este caso, localizada en un área geográfica limitada, sin trascender más allá.

Pero si bien materialmente la guerra nuclear limitada es posible por contarse con los medios apropiados, la existencia de esos medios, en cambio, no asegura que tal fenómeno vaya a ocurrir. Que el arma exista no es razón suficiente para su empleo, éste descansa en consideraciones que van más allá de su mera existencia.

La posibilidad de limitar la guerra nuclear no es, pues, asunto de mayor o menor poder de las armas, sino más bien encierra todo un problema de carácter

sicológico. La dificultad no está en la bomba, sino en la mente del hombre.

Representando sus poderes en un gráfico, las escalas convencional y nuclear se superponen en un cierto tramo; pero las mayores armas convencionales están en el límite superior de su escala, y aún, en muchos casos, pende sobre ellas la interrogante de su costo-efectividad. Las armas nucleares de menor poder, en cambio, las de uso táctico, están en la gama inferior de otra escala, y constituye un verdadero milagro de la tecnología moderna el lograr obtenerlas de tan baja potencia.

El luchar con armas convencionales implica, pues, mantenerse en lo cercano al límite máximo de una escala de poder determinada. El empleo de armas nucleares significa, en cambio, el reemplazo de la escala de potencialidad; el paso de una escala, por así decirlo, ya saturada, a otra de posibilidades casi ilimitadas.

Aceptado el cambio, ¿qué impide la escalada de poder?

Y a esto se añade la imprecisión de dos límites que son básicos en el asunto. ¿Cuál es la línea divisoria, en cuanto a poder, que separa el arma táctica de la estratégica?, y en cuanto a objetivos ¿cuál es el punto de cambio más allá del cual los objetivos dejan de ser tácticos y comienzan a ser estratégicos?

Todas son apreciaciones subjetivas. Se trata de una limitación voluntaria, y posiblemente desventajosa, dentro de topes doblemente imprecisos.

Como si esto fuera poco, hay que tener en cuenta además la subjetividad de la apreciación del poder que emplea el adversario. ¿Es fácil apreciar, por ejemplo, la diferencia entre los efectos de un Kilotón y dos?, ¿o entre tres y cuatro? ¿cómo tener seguridad que el adversario no está empleando un poco más poder que nosotros y por ende obteniendo ventajas tácticas de ello? Y esto vale para ambos contendores, ya que ambos limitan voluntariamente su poder.

La guerra produce siempre un vencedor y un vencido, al menos hasta ahora, ¿se resignará el vencido a mantenerse en los límites de poder que voluntariamente se fijó, es decir a mantener su condición de tal, a sabiendas que quizás empleando un poco más de poder

en sus armas, sin que por ello dejen de ser "tácticas", podría llegar a invertir los papeles?

Parece ser que, sólo bajo el punto de vista adoptado para este somero análisis, la guerra nuclear limitada fuera una utopía. Bastaría que uno de los beligerantes empleara armas nucleares tácticas para desatar la escalada.

Luego está el problema de las radiaciones. Un gran hongo nuclear llega a varios kilómetros de altura, y los vientos de la atmósfera superior lo dispersan haciendo partícipes "urbi et orbe" de sus radiaciones. El hongo de una modesta arma táctica, en cambio, no llega a tales altitudes, y el dudoso beneficio de los vientos de altura no lo alcanza; luego las partículas radiactivas caen en su totalidad, o casi, en el mismo teatro de operaciones.

Profundizando un poco más el asunto, surge el problema del tipo de artefacto nuclear empleado. Para ser táctico, y luego de potencia comparativamente moderada, debe necesariamente ser de "fisión", y ésta tiene una permanencia mayor en sus partículas que la "fusión" empleada por los grandes ingenios termonucleares. El teatro de operaciones, entonces, coincidente con el objetivo político en la guerra limitada, pasaría muy pronto a ser un lugar inhabitable para ambos beligerantes.

¿Cómo continuaría la guerra en ese caso?

Y finalmente está el factor netamente psicológico: las armas nucleares, como lo advierte el General Fuller, son diferentes en gran parte porque creemos que son diferentes; y ¿cómo erradicar de la mentalidad humana colectiva una convicción si 2.000 años de cristianismo no han logrado extirpar la creencia en los duendes, los espectros y otros engendros, resabios del paganismo?

Por último seamos sinceros: ¿qué creemos nosotros?, las armas nucleares ¿son o no diferentes?

Parece no haber dudas al respecto: la guerra nuclear limitada es sólo un sueño, quizás atractivo, pero imposible. Ningún país desarrolla un poder para usarlo con cuenta-gotas, en forma tal que su efecto sea el mismo que si no existiera.

Si la guerra nuclear ilimitada parece ser improbable por sus efectos desastrosos y su incapacidad de dar una solución al problema que llevó a los estados a buscar el veredicto de las armas, la guerra nuclear limitada parece serlo también por el peligro que encierra su empleo.

La limitación cuantitativa de la violencia no es suficiente, es necesario que dicha limitación sea además cualitativa.

Así pues, estando ambos beligerantes equipados con armas nucleares tácticas, éstas se convertirían en elemento disuasivo a nivel táctico, lo que descarta la posibilidad de su empleo.

Cabría preguntarse entonces: si hay conciencia unánime que la guerra nuclear total no constituye una herramienta útil a la política, que si el empleo de armas nucleares se iniciara en cualquiera forma no sería posible detener la escalada, y si se sabe que la utilización del poder nuclear hasta ahora acumulado sería catastrófica para la humanidad ¿por qué no proscribir el empleo de armas atómicas por un convenio multilateral entre los estados?

Esta idea, que no es nueva ni original, constituye otra utopía. Si la buena fe no ha sido nunca la característica de las relaciones entre las naciones y el respeto al Derecho Internacional no constituye precisamente una constante histórica ¿qué garantiza el cumplimiento de un tratado?

En el plano de las relaciones individuales los hombres han logrado imponer leyes de convivencia, más o menos justas, pero leyes al fin. En el plano de las relaciones internacionales la única ley que impera hasta hoy es la de la selva, con ligeras modificaciones.

Parece, pues, haber muy pocas dudas al respecto: amenazantes para el futuro de la especie humana, inapropiadas como herramienta de la política de los estados, las armas nucleares subsistirán sin embargo en el arsenal de las naciones, aunque relegadas probablemente al papel de elementos de disuasión, a nivel estratégico los grandes ingenios intercontinentales, termonucleares, o como se desee denominarlos, y a nivel táctico las más pequeñas de sólo unos cuantos kilotones de poder, desarrollándose cualitativa y cuan-

titativamente ante el mutuo temor de los adversarios potenciales al enfrentamiento, con la esperanza de hacerlo tanto más improbable cuanto mayor el poder acumulado, y por ende mayor la catástrofe que su eventual empleo acarrearía. Este es el contrasentido de la estrategia del temor.

La grave limitación de esta estrategia, sin embargo, es que, si la disuasión falla, la catástrofe será peor que si nada se hubiera hecho por evitarla.

Por eso es necesario tener presente que la disuasión o deterrencia se basa en la supuesta cordura del adversario, y, como la historia de la humanidad no es un ejemplo de cordura, la disuasión puede fallar.

Esto en el fondo significa, lisa y llanamente, que el futuro, o quizás la supervivencia misma de la especie humana, penden sólo del buen criterio de un grupo de estadistas en constante renovación, que, aunque conscientes del peligro, no siempre tienen en su mano todas las cartas del juego.

Se vive así un equilibrio que, como dijimos, no es la paz propiamente tal, pero tampoco es la guerra; equilibrio tal vez precario, pero equilibrio al fin.

Y esta inestable situación se mantiene a la sombra deterrente de los grandes ingenios termonucleares, fundamentalmente en base a dos condiciones:

La primera, que la política de los estados nucleares se conforme con objetivos limitados, que puedan por tanto ser disputados mediante guerras limitadas convencionales, lo que, en el fondo, no es otra cosa que devolver a la guerra su carácter de empresa racional.

Y la segunda, que el progreso tecnológico permita mantener, o aún acrecentar, la probabilidad de supervivencia del armamento nuclear al ataque sorpresivo, requisito sin el cual la deterrencia es sólo una falacia que un golpe audaz puede derribar.

Como dijimos al comienzo, los países que convivimos en este conglomerado marginal denominado América, o más propiamente Latinoamérica, nos acercamos, tal vez lenta, pero sin duda inexorablemente, a integrarnos a la era de relaciones internacionales que vive nuestro planeta: la era nuclear.

Tenemos para ello los conocimientos necesarios y podemos obtener la materia prima requerida.

La tecnología sin duda es un escollo, importante pero no insalvable.

Ahora bien, cuánto puedan tardar individualmente los países sudamericanos en producir, con su tecnología autodidáctica, un artefacto explosivo práctico, es materia de conjeturas.

Pero abierta la posibilidad, y dado que la bomba atómica tiene hasta hoy sólo un antídoto conocido: la bomba atómica, parece lo más probable que todos los países intenten producirla en el más breve plazo posible, si no como herramienta bélica de una política positiva, al menos como elemento disuasivo de una sabia política de supervivencia nacional.

Sin embargo una cosa es el artefacto que hace explosión y otra muy diferente el elemento que lo porta. Y parece indiscutible que, si bien la parte explosiva estaría quizás casi al alcance de nuestra mano, el sistema portador, no hablemos de un ambicioso ICBM sino de un proyectil más modesto pero de largo alcance, parece estar muy lejos todavía.

No basta con tener el explosivo, es necesario además poder llevarlo hasta el lugar deseado y hacerlo estallar en el momento preciso.

No se aprecia, pues, que al menos por ahora, podamos contar con otro elemento portador de la bomba nuclear sino el avión.

¿Cómo lanzaría este avión su carga mortífera?

¿Con paracaídas tipo Hiroshima?

Recordemos que no contamos ya con la sorpresa técnica de aquel caso, ni con el control casi absoluto del aire que el atacante entonces tenía.

El ataque así planteado parece difícil, pero dejemos su solución a cargo de los técnicos. Vamos nosotros al problema que nos preocupa.

A similitud de panel político mundial ¿se convertirá el armamento nuclear criollo en un poderoso deterrente a cuya sombra florezca la guerra limitada?

La respuesta requiere evidentemente de un análisis, ya que la mera existencia del armamento nuclear no provoca la mutua deterrencia; es preciso que, además, concurren otras circunstancias.

Al estudiar el problema nos saltan a la vista de inmediato algunas diferencias entre nuestro probable armamento nuclear y el que poseen las grandes potencias, único punto de comparación que tenemos hasta la fecha.

En primer término debemos destacar la menor cuantía del hipotético poder nuclear sudamericano, derivada tanto del menor poder unitario de las armas que podríamos desarrollar, al menos en el comienzo, como de su menor número, y en segundo término tenemos sus menores capacidades bélicas: menor capacidad de supervivencia y menor capacidad de penetración, derivadas ambas de la vulnerabilidad y características del único elemento portador disponible, también al menos al comienzo: el avión.

Analicemos el primer punto anotado: menor cuantía de nuestro poder nuclear tanto por menor poder unitario como por menor número de armas. Ello no requiere de mayores explicaciones: kilotones en el caso americano versus megatones en el mundial; quizás algunas decenas de bombas en el primero versus miles de ellas en el último.

Dijimos que la deterrence es la estrategia del temor, y debemos recordar que el temor en el ser racional es proporcional a la amenaza que representan el hecho u objetos temidos.

No es que consideremos despreciable la eliminación instantánea de 70 u 80.000 personas, pero parece indiscutible que la amenaza que representaría nuestro hipotético poder nuclear no resulta comparable, en su magnitud ni en sus probables consecuencias, a la que significa un enfrentamiento sin limitaciones entre las grandes potencias, como ya lo hemos analizado.

La menor capacidad de penetración del avión, anotada como parte del segundo punto, viene además a reforzar lo dicho anteriormente. Existe la posibilidad de detener al menos parte del ataque, una vez lanzado, posibilidad prácticamente descartada en el caso mundial.

El avión es hoy en día accesible en gran porcentaje a una defensa antiaérea bien organizada y eficaz, lo que da una aceptable probabilidad de interceptar parcialmente un ataque aéreo dado. La pretendida deterrence criolla sufre así, por este concepto, un segundo revés.

No es que pretendamos asegurar que el avión portador de la bomba atómica será derribado, pero, inversamente, nada tiene de utópico pretender que pueda serlo, situación que es fundamentalmente diferente a la que se nos planteaba al analizar el caso mundial.

Siendo la amenaza menor, cualitativa y cuantitativamente, y siendo posible su rechazo parcial, el temor que ella crea debe ser naturalmente menor.

Y si hay alguna relación entre deterrence y temor, al ser menor éste debe ser necesariamente también menor aquella.

Pero además, como lo dejamos establecido anteriormente, para que la deterrence exista es necesario que el armamento nuclear que la provoca esté dotado de una considerable capacidad de supervivencia, en forma tal de mantener el poder propio de represalia, pese a todo. Esto, al hacer poco rentable cualquier objetivo comparado a las consecuencias de un enfrentamiento nuclear, produce el mutuo estancamiento, y obliga a los beligerantes a limitar la guerra.

Ahora bien, la capacidad de supervivencia de nuestro armamento nuclear sería igual a la de su elemento portador: el avión, aún en el caso que las bombas mismas no pudieran ser destruidas, ya que, al no ser autopropulsadas, éstas son inútiles sin aquel.

Y el avión, poderoso en vuelo, pierde en tierra sus características, y se torna en un elemento vulnerable, y sobre todo muy atractivo para el adversario; doblemente atractivo en el caso analizado.

Así pues, vulnerable el avión al ataque sorpresivo, numéricamente pequeñas las fuerzas aéreas en lucha, y enorme el poder destructivo que el atacante puede emplear, parece ser posible eliminar totalmente en breves minutos la fuerza aérea enemiga, y con ella el poder nuclear del adversario.

El ataque a los grandes centros vitales del enemigo sigue siendo no rentable como en el caso mundial, pero sí pasa a serlo el ataque a la infraestructura aérea del contrario, que, en esta forma, se convierte en el centro de gravedad de la guerra.

Parece ser entonces que la deterrence nuclear criolla, en las circunstancias

planteadas, no pasaría más allá de ser un mito.

Podría aducirse que nuestra situación sería similar a la que vivieron las grandes potencias hace 20 años, y que en aquella oportunidad la deterrence mutua fue efectiva y produjo el mutuo estancamiento. Ello es verdad, pero sólo hasta ese punto llega la similitud. Más allá está la innegable diferencia en la cuantía de medios aéreos entre el caso histórico y el hipotético. No podríamos nosotros, como hacían entonces los gigantes mundiales, mantener en estacionamiento grandes formaciones de bombarderos nucleares relevándose en el aire para asegurar el statu quo. Carecemos de potencial suficiente y adecuado para ello, y si tal intentáramos, nuestras fuerzas aéreas quedarían demasiado pronto en tierra, quizás aún antes de la ruptura de hostilidades, por mantenimiento o, lo que es peor, por agotamiento.

La situación, así planteada, sería pues diametralmente opuesta a la que vimos al analizar el caso mundial; el ataque nuclear no significaría ya el lanzarse a ciegas a una aventura de final impredecible y consecuencias caóticas, tras un objetivo comparativamente magro y en ningún caso compensatorio. Por el contrario, sería la solución más barata, radical y efectiva a cualquier conflicto que requiera el veredicto de las armas. Más aún, no cabría elección, sería la única, ya que el no adoptarla equivaldría a entregarla al adversario. No habría pues alternativa, nos enfrentaríamos a un curso de acción predeterminado.

Este solo hecho, existiendo medios nucleares, descarta, pues, la posibilidad de una guerra convencional limitada, independiente de cuáles puedan ser los objetivos en disputa que llevaron a los países a la guerra.

La situación resultante sería de extrema y constante tensión y recelo mutuos, y los países se tornarían hipersensibles y belicosos.

Por otra parte, el desarrollo y fin de una guerra nuclear sudamericana, en las circunstancias planteadas, sería quizás fundamentalmente diferente a las posibilidades que esbozamos al tratar el caso mundial.

La actitud más lógica parece ser que el esfuerzo nuclear de ambos contendores se concentre en el fuego de contra-batería, es decir, en la infraestructura aeronuclear del adversario, ya que esta forma de operar llevaría la guerra rápidamente a una definición a muy bajo costo para el atacante, protegiendo, además, por sí misma al país propio.

Dependiendo de la situación internacional que se viva, una vez anulada la capacidad atómica de uno de los beligerantes, quizás no fuera menester otra operación complementaria para imponer las condiciones de paz deseadas.

Por el contrario, el bombardeo a los centros urbanos o industriales del adversario parece ser una actitud inconveniente. Además de no definir la guerra, equivaldría a un despilfarro del escaso poder nuclear propio, traería como inevitable consecuencia la represalia, y, dadas las características y cuantía de los medios disponibles, es probable que se llegara antes al agotamiento del poder propio de castigo que al quebrantamiento de la voluntad de lucha del contrario. En otras palabras, tal proceder equivaldría a eliminar el factor político de la guerra.

Si el lector cree que esta idea parece verosímil, lo invitamos a reflexionar en lo que ella significa.

Equivale, lisa y llanamente, a limitar la guerra nuclear en el espacio.

La violencia nuclear ya no se ejercería indiscriminadamente sobre cualquier lugar del país adversario; es cierto que tampoco estaría constreñida a un área geográfica claramente delimitada, coincidente con el objetivo en disputa, pero se ejercería, en cambio, sólo sobre ciertos puntos neurálgicos del dispositivo enemigo, muy dispersos entre sí tal vez, pero claros y bien definidos, y conocidos de antemano por ambos contendores.

Destruída la infraestructura aeronuclear del agredido, el poder atómico residual del agresor se tornaría en un elemento coercitivo poderoso para poner fin a la lucha. No hay posibilidades de triunfo para el derrotado, y toda resistencia es tan inútil como suicida. La guerra, entonces, se limitaría en un segundo parámetro: el tiempo.

Así pues, una hipotética guerra nuclear sudamericana tendría talvez algunas similitudes y grandes diferencias con una conflagración nuclear a nivel mundial, por el momento, y afortunadamente, también hipotética. En ambos casos la guerra convencional ilimitada queda en el arcón de los recuerdos, y en ambos también la guerra nuclear ilimitada pasa a ser un disparate político. Pero, mientras en el caso mundial la guerra nuclear limitada parece ser una utopía, quedando, por tanto, como única alternativa la guerra convencional limitada, en el caso regional, en cambio, la guerra nuclear limitada aparece como el medio más racional de alcanzar una solución rápida y poco onerosa, lo que descarta la posibilidad de recurrir a la guerra convencional limitada.

La diferencia entre ambos casos está determinada, mayoritariamente, por la diferente capacidad de supervivencia del armamento nuclear.

Al ser ésta grande, produce en el caso mundial la deterrencia mutua, al ser ella feble no produce deterrencia en el caso regional, y, por el contrario, transforma el fuego de contrabatería en el medio más expedito para ganar la guerra.

La mayor diferencia, sin embargo, entre ambos casos, estaría dada por la distinta magnitud de sus posibles consecuencias. No parece necesario recordar cuáles podrían ser éstas en el caso de una conflagración nuclear mundial, pero es evidente que las de un enfrentamiento nuclear regional serían incomparablemente menores. Primero, como ya lo dijimos, por el menor poder unitario de las armas, luego por su menor cantidad, también por su inferior capacidad de penetración, y, finalmente, por la limitación natural de la guerra. Si a esto agregamos el hecho que, por razones de seguridad, los lugares de apostentamiento del poder nuclear sudamericano estarán seguramente alejados de los centros poblados y en una considerable y calculada dispersión en el espacio, el cuadro de la probable destrucción regional podría resultar casi tolerable.

De lo dicho parece desprenderse que, por primera vez, en el hipotético y particular caso sudamericano el sueño de Douhet se tornaría en realidad. Prácticamente sólo actuaría el Poder Aéreo,

las fuerzas de superficie jugarían papel secundario.

Sin embargo no es así. En primer término debemos anotar que la situación planteada sería pasajera; cuán pasajera, no lo podemos decir, pero tarde o temprano algún pariente pobre del actual ICBM, si no el ICBM mismo, vendrá a alterarla y hacerla quizás similar a la situación mundial.

También es posible que el poder nuclear se base en el mar. No nos referimos, naturalmente, a un ambicioso SSBN, quizás fuera de nuestro alcance por varios decenios aún, sino al simple portaaviones que algunas marinas sudamericanas ya poseen, o al avión de despegue vertical, VSTOL, que es ya una realidad operativa y que puede operar desde casi cualquier buque.

No pretendemos asegurar que el SSBN sea reemplazable por el buque de superficie, pero es innegable que éste reúne algunas características de aquél. No tiene, es verdad, la invisibilidad y capacidad de penetración del submarino nuclear, pero utilizado contra un adversario limítrofe de un gran océano y equipado con medios de exploración más bien modestos, podría operar con éxito amparado en la inmensidad del mar y la posesión de la iniciativa.

El poder nuclear basado en el mar, dependiendo de la configuración geográfica y de la profundidad que los países involucrados presenten al frente marítimo, puede hacer variar fundamentalmente el esquema que hemos trazado.

* * *

Llegamos así al fin de nuestras reflexiones, que no pretenden, por cierto, ser exhaustivas ni menos aun irredargüibles. Estamos conscientes que son, en el mejor de los casos, tan sólo una idea aceptable de aproximación a la verdad.

El problema planteado, por el momento, no es real, pero no hay duda que se nos aproxima a pasos agigantados, y no cabe duda tampoco que los hombres de esta generación deberemos encararlo.

Dependiendo de cuanto demore el desarrollo "en casa" de un artefacto nuclear práctico, los planteamientos que hemos empleado pueden variar, y en la misma medida variarán también las conclusiones a que hemos arribado.

Variarán además, y fundamentalmente, si el proceso de desarrollo del poder nuclear no es aproximadamente paralelo entre los países de este continente, como hemos supuesto.

No es sencillo analizar objetivamente este tema por cuanto, afortunadamente, aún no hay experiencia al respecto. Las ideas, por buenas que sean, sólo son eso, buenas ideas, mientras no hayan sobrepasado la prueba de fuego de la guerra. La verdad, la única que merece el nombre de tal, es la extraída de la

experiencia histórica, de una experiencia debidamente comprendida y sabiamente depurada de hechos contingentes, pero que, por desgracia, suele llegar demasiado tarde.

Es por ello imperativo a veces adelantarnos al tiempo, y, apoyados en la verdad fragmentaria que podamos reunir, tratar de comprender hoy el problema de mañana.

Esperamos haber contribuido en algo a esto. Si así fuere, habremos logrado lo que pretendíamos.

BIBLIOGRAFIA:

La Dirección de la Guerra, Gen. J.F.C. Fuller.
The Sea in Modern Strategy, L.W. Martin.
The Navy Blue Book, Military Publishing Institute Inc.

